

Quito en abril: los forajidos derrotan al coronel¹

Mario Unda*

* *Sociólogo;
investigador
del Centro CIUDAD,
Quito, Ecuador.*

Los hechos

Ecuador, abril de 2005. La rebelión de los forajidos². Lucio Gutiérrez se convierte en el tercer presidente echado del cargo a raíz de fuertes movilizaciones sociales. Antes fue Jamil Mahuad, en enero de 2000 (en un hecho en el que, ironías de la historia, el propio Gutiérrez apareció como protagonista, respaldando en ese entonces al movimiento indígena). Y antes que él había sido Abdalá Bucaram, en febrero de 1997.

Quito, abril de 2005. Durante ocho días, desde el miércoles 13 hasta el miércoles 20, la democracia bajó a las calles y a las plazas... y a las ondas de la radio. Fueron ocho días intensos. Movilizaciones masivas, encuentros de pequeños grupos, asambleas, cacerolazos, música. Fueron ocho días en que la gente recuperó la voz y habló por sí misma. Radio La Luna abrió sus canales para que cada quien dijera su opinión: llamadas telefónicas, pacientes esperas a las puertas de la radio. Días en los que la

gente cuestionó a los partidos, a los políticos, a las instituciones. En los que se criticaban las formas tradicionales de representación. Recuperada la voz, la gente pugnaba por recuperar también su condición de sujeto decidor y decisor.

Las elecciones, el intento de destitución de Gutiérrez y la ofensiva del coronel

En octubre de 2004 se realizaron elecciones para renovar los gobiernos municipales y provinciales. Los partidos tradicionales salieron gananciosos: el Partido Socialcristiano (PSC, derecha) retuvo la alcaldía de Guayaquil y la prefectura del Guayas, y obtuvo algunos avances en la costa ecuatoriana, a expensas fundamentalmente del Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE). La Izquierda Democrática (ID, socialdemócrata) retuvo la alcaldía de Quito y la prefectura de Pichincha, y ganó la alcaldía de Cuenca y la prefectura del Azuay.

La izquierda obtuvo algunos éxitos. El Movimiento Popular Democrático, MPD, ganó la alcaldía y la prefectura de Esmeraldas; Pachakutik retuvo entre otras las alcaldías de Cotacachi y Otavalo la prefectura de Cotopaxi y ganó la de Chimborazo; incluso el Partido Socialista, PS-FA, logró un puñado de autoridades electas. Estos resultados le permitían mantener una presencia nada despreciable en el mapa político electoral; aunque en las principales plazas de la sierra respaldó las candidaturas del centro.

El Partido Sociedad Patriótica (PSP, de Gutiérrez) logró un magro respaldo, de alrededor del 5% del electorado, obteniendo algunos triunfos en plazas pequeñas. También magro fue el respaldo obtenido por el Partido Renovador Institucionalista de Acción Nacional (PRIAN, de Álvaro Novoa) y el PRE experimentó un retroceso.

Las elecciones, como siempre, son una prueba de fuerza, y el gobierno había perdido la pulseada. Poco antes Gutiérrez se había reunido en Panamá con Bucaram, y se rumoreaba que allí se habría pactado el regreso del exiliado ex presidente³. Los partidos tradicionales, el PSC y la ID, secundados por Pachakutik, retomaron entonces el proyecto de destituir a Gutiérrez. Lo curioso es que se lanzaron a la aventura sin contar con los votos suficientes en el Congreso. Eso fue aprovechado por el gobierno que, juntando fuerzas con el PRE y con el PRIAN —y obteniendo el “cambio de camisetas” de un grupo de diputados—, convirtió su minoría parlamentaria en mayoría y pasó a la ofensiva a partir del 8 de diciembre. Primero, haciendo uso de una sui generis lectura de la Constitución, defenestró a los ministros jueces de la Corte Suprema de Justicia (que tenía una mayoría del PSC y la ID) y nombró otros provenientes de sus filas. En seguida, hizo lo propio con el Tribunal Supremo Electoral y con el Tribunal de Garantías Constitucionales. En enero, finalmente, coronó su esfuerzo obteniendo la presidencia del Congreso. El conflicto expresaba una

pugna entre dos grupos de poder, una pugna inter-oligárquica entre un sector que había venido controlando los aparatos de Estado casi desde el inicio del “retorno a la democracia” en 1979 y otro que pugnaba por reemplazarlo, ambos vinculados con poderosos intereses económicos. La izquierda se había dividido, sumándose unos al grupo tradicional (Pachakutik) y otros al grupo emergente (MPD y PS-FA).

Los intentos de la oposición institucional y los afanes por recuperar la independencia

La nueva mayoría gobiernista se motejaba de “institucional”; también institucional era la oposición. E institucional era asimismo el campo de batalla. Todo se movía en el Congreso, alrededor de las cortes y de los tribunales. Era un juego dentro del mismo campo, entre quienes han venido constituyendo el *establishment*⁴, por un lado, y los advenedizos, por el otro.

Pero la oposición controlaba también los municipios más importantes del país, y, una vez que los intentos parlamentarios se mostraron vanos, los gobiernos locales se convirtieron en puntales de la ofensiva opositora. En enero, el municipio de Guayaquil encabezó una marcha reclamando “el retorno al estado de derecho” y la destitución de la “corte espúria”. Un mes después, Quito repitió la historia. Y, al poco tiempo, Cuenca también. Fue el momento de la “sociedad civil de arriba”⁵.

Por otra parte Gutiérrez había enlazado su ofensiva con un discurso (tramposamente) anti-oligárquico. Según él, se trataba de enfrentar al poder de la oligarquía encarnado en el PSC y en Febres Cordero. De este modo, logró empatar con arraigados sentimientos populares; no en vano después de su jugada respecto a la Corte subieron significativamente sus índices de aceptación hasta cerca de un 30%. Pero lo que no se decía era que en la alianza de Gutiérrez no se encontraba “el pueblo” sino otro sector de la oligarquía: Álvaro Novoa, el magnate del banano; el entorno de Bucaram, con fuertes vínculos con el comercio y la banca; y las nuevas fortunas levantadas de la corrupción⁶. Así, pues, una pugna entre dos sectores de la clase dominante, que disputaba el control del aparato estatal y el acceso a los recursos estatales y los negocios vinculados con el mismo. Una pugna, en fin, que se asentaba por entero en las rasgaduras de la sociedad ecuatoriana: la regional, la clasista, la socio-institucional.

Y quizás por todo ello, aparentemente, las cosas continuaban moviéndose de modo exclusivo por los cauces institucionales. Sin embargo, las marchas de Quito y Cuenca mostraron dos cambios significativos. En Quito, porque la dirección política de la marcha fue rebasada por el sentimiento de los participantes donde una parte significativa de

ellos llenó el aire con los gritos de "Fuera Lucio". Cuando el alcalde llamó a la gente a abandonar tranquilamente la plaza, el malestar comenzó a extenderse de un modo que entonces no alcanzó a comprenderse plenamente. En Cuenca pasó algo similar, pero por otros motivos. Por iniciativa de organismos de derechos humanos y de monseñor Luna, se reunió previamente una asamblea que buscaba posicionar un tercer bloque, opuesto a Gutiérrez pero alejado de la oposición tradicional. Como este sector participó también en la marcha, esta se convirtió, más que en Quito, en un escenario donde confluían y se enfrentaban sentidos distintos de oposición.

En los días siguientes, estos intentos de recuperar una oposición independiente se trasladarían a Quito. La CONAIE, el Frente Unitario de Trabajadores y otras organizaciones sociales, sobre todo de jóvenes, darían los primeros pasos para intentar la conformación de un *polo alternativo*. Pero los propios movimientos sociales estaban atravesando momentos de debilidad y de crisis, y no tenían posibilidades de motivar por sí solos una movilización de masas suficiente como para contraponerse a las de la oposición del *establishment* político, o incluso a las contramarchas que el gobierno organizaba recurriendo a los más burdos manejos clientelares.

Mientras tanto, otros hechos se habían presentado: el presidente de la Corte, un allegado a Bucaram, declaró la nulidad de los procesos en su contra, así como de aquellos que se le seguían a Alberto Dahik, ex vicepresidente (1992-1995) y a Gustavo Noboa, ex presidente (2000-2002). Los tres, exilados en Panamá, Costa Rica y República Dominicana, iniciaron su regreso al país. Ello empeoró la imagen de la nueva Corte y deslegitimó aún más al gobierno, por lo menos en la sierra y particularmente en Quito. Por todo eso, el viraje que se produce el 13 de abril.

A partir del 13 ya es otra historia

Para el 13 de abril estaba previsto un paro provincial en Pichincha. De hecho, era parte de un plan que pretendía la simultaneidad de paros locales contra el gobierno central. Pero a medida que se acercaba el día, se hacía evidente que no había un acuerdo que permitiera una manifestación realmente fuerte de oposición. Las cámaras empresariales de Quito estaban divididas, en el PSC se notaron también titubeos y aun al interior de la ID las fisuras delataban debilidad.

Así el paro fue un fracaso. Ese miércoles en Quito se reunieron tres grupos relativamente pequeños, cada cual por su lado. De una parte, quienes se sintieron convocados por el municipio y el consejo provincial; de otra, quienes se sintieron convocados por el polo alternativo; y finalmente quienes no se sentían llamados ni por uno ni por otro. Las dos

“Los propios movimientos sociales estaban atravesando momentos de debilidad y de crisis, y no tenían posibilidades de motivar por sí solos una movilización de masas suficiente como para contraponerse a las de la oposición del establishment político, o incluso a las contramarchas que el gobierno organizaba recurriendo a los más burdos manejos clientelares”

o tres pequeñas marchas y protestas no se encontraron nunca, ni física ni espiritualmente. Durante el día y la tarde las protestas tuvieron escasa repercusión, casi confinadas en las pocas cuadras existentes entre los parques de El Ejido y La Alameda. Frente a ello, en la tarde, Gutiérrez “agradeció al pueblo de Quito” por desestimar el llamado al paro, dando a entender que era él quien tenía el respaldo popular. Fue una mala apreciación. Había un descontento grande, pero sus canales de expresión ya no podían ser los trabados por la oposición institucional.

Y ese es tal vez el primer elemento llamativo de estas jornadas de abril: la auto-convocatoria. Fracasadas las intermediaciones de los partidos y de las instituciones locales, la convocatoria y la dirección fueron articulándose desde abajo, espontáneamente. Una mujer llamó muy molesta a Radio La Luna y propuso que la gente manifestara su protesta contra el gobierno después del trabajo. En seguida llamó otra mujer y propuso que esa protesta fuera mediante un “cacerolazo”.

Así empezó todo. Fue un movimiento bastante concentrado en Quito. En otras ciudades se realizaron marchas y manifestaciones, pero no tuvieron la misma envergadura. Fue también un movimiento en el que participaron mayoritariamente las clases medias. La política volvió a las calles, y los cacerolazos se propagaron por muchos barrios de la ciudad. La gente salía a protestar ya entrada la tarde y en la noche –noches de lunas y de hogueras. Después del cacerolazo vino el tablazo, y vino el reventón, y vino el rollazo, y vino el pitazo y el mochilazo. Porque las iniciativas de la gente fueron muchas en los ocho días que duró el conflicto.

El viernes 15 apareció un nuevo elemento que caldeó los ánimos: el gobierno decretó el estado de emergencia exclusivamente para Quito. En el mismo decreto se tomaba la atribución de cesar a la Corte Suprema de Justicia (atribución que, de acuerdo con la Constitución, no le compete). Quizás pretendía con eso calmar los ánimos en la capital, pero no consiguió su objetivo. El fin de semana las manifestaciones no se detuvieron.

Para el martes, una nueva llamada a La Luna propuso realizar una gran marcha desde La Carolina, el parque más grande de la ciudad, situado en la zona Norte. La movilización fue multitudinaria. El diario *El Comercio* consideraba que fue la manifestación más numerosa que se haya realizado en Quito en los últimos veinticinco años. La marcha fue repelida con una andanada de gases lacrimógenos, más tóxicos que lo usual. Un periodista chileno, afincado en el Ecuador desde la época pinochetista, perdió la vida. Los ánimos fueron subiendo de tono. Las protestas continuaron hasta altas horas de la madrugada.

Mientras, las fuerzas gobiernistas anunciaron que llegarían a Quito contingentes de la costa y de la amazonía para “defender la democracia”. Eso comenzó a ocurrir el miércoles 20. Nuevamente la gente reaccionó de modo espontáneo para tratar de frenar el avance de los buses que los trasladaban.

Los sentidos de la movilización

Entonces, un movimiento se iba construyendo a partir de las iniciativas que la gente tomaba y compartía. Empezó en las ondas de una radio, pero luego ese método se extendió y se trasladó a otros lugares: universidades, grupos culturales y artísticos, barrios. Era encontrarse, dialogar y hacer.

Pero dialogar entre iguales, pues así se hizo también la dirección del movimiento. La gente llamaba a la radio, se comunicaba a través de la radio. La radio fue un espacio de encuentro y de debate, de proposiciones y de toma de decisiones. Por fin la gente se movía sin la tutela del partido o del municipio, sin el liderazgo de los líderes.

Y hubo así un fuerte cuestionamiento a las representaciones. La gente se descubrió no-representada. No se trataba sólo del presidente y del Ejecutivo. Por eso, después del “Fuera Lucio” vino el “Fuera todos”. Ese sentimiento acabó arrastrando también a los representantes recién elegidos o reelegidos apenas en octubre: alcalde, prefecto, concejales... todos perdieron legitimidad, y la ciudadanía se lo hizo saber en la calle.

El rechazo a ser representado se extendió también dentro del propio movimiento. No se veía con buenos ojos que algún grupo pretendiera aparecer como abanderado de todos, máxime si en el camino no había estado presente. Tampoco se veía con beneplácito que algún sector hablara en las asambleas en nombre de todos. Se trataba de reclamar, de buscar, de intentar construir auto-representación.

Auto-representación, quizás este haya sido uno de los sentidos más fuertes expresados en la movilización. Muestra que la gente ya no se siente representada y que detrás de esta

***“No es sólo
que los diputados
ya no reflejan
las expectativas
de la ciudadanía,
es el Congreso
lo que no marcha.
Por eso se busca
pensar en otras
formas
de representación:
las ‘asambleas
populares’”***

inconformidad con los representantes (“Fuera todos”) necesariamente debe venir la inconformidad con las formas de la representación. No es sólo que los diputados ya no reflejan las expectativas de la ciudadanía, es el Congreso lo que no marcha. Por eso se busca pensar en otras formas de representación: las “asambleas populares”⁷.

Por esta vía, el cuestionamiento a la representación es también un cuestionamiento a las instituciones. No es algo nuevo: las así llamadas “instituciones democráticas” se encuentran desde hace rato bajo la mirada crítica de la población. Es que las instituciones se han ido alejando cada vez más de la gente del común. Por una parte, porque son prácticamente asaltadas por quienes hacen del ejercicio de la política un vulgar asalto del Estado y un reparto del botín a los ojos de todo el mundo; corrupción, que le dicen. Pero, por otro lado, porque también ha sido evidente cómo el Estado se ha convertido en instrumento dócil de los intereses particulares de los grandes capitales... y la política norteamericana en la región. Por una vía y por otra, las “instituciones democráticas” han devenido ajenas, y la conciencia social ha logrado descubrirlo⁸.

Así como las instituciones “democráticas” caen en desgracia, también pasa lo mismo con las instituciones de intermediación. Los partidos en primer lugar; los “independientes”, en seguida⁹. Pero también otras intermediaciones salieron fuertemente golpeadas de esa semana: los medios de comunicación. La televisión casi no se enteró de lo que iba ocurriendo hasta los últimos días, y eso parcialmente. Cuando las cámaras acertaban a pasar por los sitios de la protesta, eran recibidas al grito de “Prensa corrupta”. La radio estuvo más en sintonía con la movilización. Pero el papel importante jugado por Radio La Luna no debe confundirnos: casi puede decirse que fue una excepción.

La representación, las instituciones, por lo tanto, la democracia. *Esta* democracia, representativa, es por consiguiente ajena, es meramente de formas. Los ciudadanos aspiran a otra cosa, a una democracia que esté más en sintonía con



© Rosario Parra

Julio García, fotoperiodista chileno, con sus dos hijas en la marcha del 19 de abril, horas antes de morir asfixiado a causa de los gases lacrimógenos. Fotografía tomada por Rosario Parra, esposa de Julio García.

el común. Hay que inventarla, y siempre que hay movilización se despierta la inventiva. Por lo tanto, la gente siente que puede inventar otra democracia y ponerla a funcionar.

Es la política la que está en cuestión. Y está en cuestión de un modo por entero democrático. Ya no es discurso anti-político, ahora la gente puede reivindicar la política para sí. Decía una señora en Radio La Luna: "Estamos felices porque estamos haciendo política, y no es la política de los politiqueros". La gente común se ha descubierto haciendo política por sí misma, recreándola desde lo social, rebasando en los hechos la falaz división entre lo social y lo político.

De un modo no tan extendido, otro aspecto también salió a flote: la soberanía. Un cierto sentido antiimperialista se dejó traslucir: "No queremos, y no nos da la gana de ser una colonia norteamericana". El fantasma del Plan Colombia, la base norteamericana en Manta, el Tratado de Libre Comercio, la intromisión evidente de la embajadora estadounidense en cada aspecto medianamente importante de la política nacional.

También en el plano de los actores hay cosas para resaltar: la presencia masiva de las mujeres, la participación activa de los jóvenes; después de muchos años, pueden verse ahora claras posibilidades de reconstrucción de movimientos juveniles. Pero también la participación de las familias, la presencia de niños y de ancianos.

Ahora bien, *estos sentidos ya estaban presentes*, de una o de otra manera, en las anteriores movilizaciones. En 2001, en 2000, en 1997... y más atrás aún en las huelgas de 1981 a 1983, especialmente en las de 1982. Así, pues, existe una continuidad en las movilizaciones, aunque distintos sectores sociales las hayan producido o encabezado, aunque las demandas iniciales hayan sido diferentes en cada caso.

Por supuesto: una movilización así de masiva y espontánea no puede tener un único sentido, fue un movimiento heterogéneo, variopinto, incluso contradictorio. Hemos resaltado estos elementos, que apuntan en un sentido claro de resistencia y de renovación. Pero también hubieron de los otros, los conservadores, incluso reaccionarios: la conciencia media expresó también cierto racismo, hubieron también discursos antipolíticos, se reprodujeron comportamientos jerárquicos, se presentaron sentimientos anti-izquierdistas. Creemos, no obstante, que estos últimos elementos no fueron los que mayoritariamente se expresaron en *el conjunto de la movilización*. Pero muestran con claridad que los forajidos, así, en bloque, son un espejismo creado por la propia movilización. Lo real son los sentidos contrapuestos que ellos expresaron.

Soluciones que nada solucionan

Gutiérrez cae por fin el miércoles 20 de abril, tras una semana de intensa movilización social. Cae a pesar de sus últimos intentos desesperados: cesar a la Corte Suprema de Justicia, solicitar públicamente a Bucaram que abandone el país, despedir al subsecretario de Bienestar Social. Cae en medio de un peligroso enfrentamiento civil, generado por su afán de protegerse del pueblo utilizando como escudo a otro sector de pueblo¹⁰.

Pero Gutiérrez cae en el momento en que, hacia el mediodía, el comando conjunto de las Fuerzas Armadas anuncia que ha decidido "retirarle el apoyo". Con más de veinticinco años de democracia, los militares continúan siendo el voto dirimente. Ha sido así en cada crisis política seria, independientemente de cómo se haya resuelto. No ha de ser casualidad entonces que Alfredo Palacio (hasta recién nomás vicepresidente de Gutiérrez) haya prestado juramento en el ministerio de Defensa. La otra gran electora ha sido siempre la embajada norteamericana. Aunque no se sabe bien aún cuál ha sido su papel en esta ocasión, vale recordar que la embajadora se reunió con Gutiérrez a puertas cerradas en la mañana del mismo día 20 y que promovió el aislamiento del gobierno de Palacio (usando a la OEA) hasta que se desdijera de las "apresuradas" declaraciones en torno al ALCA y al Plan Colombia, lo que ocurrió tras una reunión con la embajadora imperial.

Ahora bien, los actores que fijaron el libreto de la solución a la crisis política son actores del *establishment*. Qué de raro puede tener, entonces, que en los días sucesivos el

Congreso se dedicara a componer el nuevo reparto de los poderes del Estado devolviendo su control a la alianza PSC-ID aunque quizás de un modo un poco más equitativo que el anterior. Para ellos, el único fin era solucionar el conflicto inter-burgués. Sin embargo no había un solo conflicto, *sino dos y diferentes*. Uno enfrentaba a dos bloques distintos de las clases dominantes; el otro, a la mayoría de la sociedad con este sistema político de dominación. La solución del uno no tiene que ver con la del otro. Eso ha ocurrido en las anteriores crisis. Los dos conflictos pueden expresarse al mismo tiempo, pero no son iguales. El conflicto entre los sectores dominantes puede resolverse –todavía– en el ámbito y por las vías de las instituciones ya que solamente dirige el sector que obtendrá la parte del león en los repartos¹. El otro conflicto cuestiona justamente las formas en que esa dominación política se produce; cuestiona, así sea de modo indirecto, la hegemonía de la clase dominante. “¡Fuera todos!” puede parecer ambiguo y difuso, pero es un enorme avance. En sus momentos de mayor expresión (es decir, de mayor movilización social) rebasa por completo los canales institucionales, busca otras construcciones de la política. Esta dualidad se ha instalado para rato. Si bien el empuje social no fue esta vez tampoco suficiente para limpiar la casa, la resolución institucional no es suficiente para cerrar el conflicto definitivamente.

Notas

1 Reproducimos aquí una versión abreviada del presente artículo. El texto completo puede consultarse en la sección debates de la página web del OSAL <<http://osal.clacso.org>>.

2 “Forajidos” fue el término –él esperaba que demoledor– utilizado por Gutiérrez para referirse a un pequeño grupo de manifestantes que improvisó un *escrache* frente a la casa en que vivían su esposa y sus hijas. A través de la radio, la gente se apropió del término: “Yo también soy forajido”, “todos somos forajidos”. Gutiérrez, sin saberlo ni quererlo, contribuyó a cohesionar la identidad de la movilización.

3 Abdalá Bucaram, elegido presidente en 1996, había sido defenestrado en febrero de 1997 en medio de multitudinarias manifestaciones en todo el país, luego de haber concitado una oposición que abarcaba prácticamente todo el espectro político y social. Las lenguas memoriosas no dejaban de mencionar que Gutiérrez había sido entonces edecán de Bucaram.

4 La caracterización de la oposición PSC-ID como la representación del *establishment* político se la escuché a Franklin Ramírez en un conversatorio realizado en Ciudad, pocos días después de la caída de Gutiérrez.

5 Según la definición de François Houtart (*Hacia una sociedad civil globalizada: la de abajo o la de arriba* en <www.lafogata.org/debate/aiz_hacia.htm>). *De algún modo* en el mismo sentido Ramírez hablaba de la “alta sociedad civil” (en el evento recién citado).

6 A propósito de esto, Milton Benítez (en una entrevista en Radio La Luna) trajo a colación el término otrora acuñado por Gunder Frank: la *lumpenburgésia*.

7 Pero ocurre que también el presidencialismo es puesto bajo la lupa. ¿Será el parlamentarismo una vía de salida institucional a esta crisis, con la poca o nula legitimidad que tiene hoy el Congreso?

8 Hace no mucho tiempo hicimos una encuesta en tres cantones, en la costa, en la sierra y en la Amazonía. Una muy amplia mayoría, entre el 70 y el 80%, consideraba que la democracia “funciona sólo para los ricos y poderosos” (véase: CIUDAD-EPFL 2003 *Interfase urbano-rural en el Ecuador. Hacia un desarrollo territorial integrado*, documentos de trabajo N° 2, 3 y 4, Quito).

9 En el Ecuador, hasta hace unos años, sólo se podía ser candidato si se era auspiciado por un partido político. El descrédito de los partidos hizo creer que la solución era permitir la participación de los no afiliados a partido alguno, los independientes. Pero los partidos continuaron ganando las elecciones, y los “independientes” en realidad se crearon a partir de las deserciones interesadas de algunos diputados, que abandonaban sus partidos para pactar con los gobiernos de turno a cambio de puestos y otras prebendas.

10 Las escaramuzas en los puntos de entrada a la capital se trasladaron, andado el día, a las inmediaciones del Ministerio de Bienestar Social: la televisión mostró allí imágenes de personas que disparaban armas de fuego contra los manifestantes tanto desde el edificio del ministerio como desde la calle; y todo esto bajo la pacífica mirada de la policía.

11 Puede parecer anecdótico, pero Álvaro Noboa, líder del PRIAN, está emparentado con diputados y dirigentes del PRE, del PSC y de la ID.